

La dura verdad de Chile: protestas estudiantiles

El 11-S norteamericano dejó en evidencia un mayor trasfondo ideológico que religioso del ataque musulmán, no sólo en los festejos de las izquierdas sino en su lógica. Si se trataba de un problema moral se habría golpeado a Hollywood o algún símbolo religioso. Pero se atacó el símbolo financiero, el icono del capitalismo.

Del mismo modo que el ataque a la Bastilla en 1789, el “pueblo hambriento” no atacó el mercado y se llevó los alimentos. Atacó una cárcel casi vacía que albergaba apenas a 7 prisioneros, pero que simbolizaba el poder del rey. Allí se hospedaba a personas de categoría especial. Hasta pocos días antes residía el Marqués de Sade, conocido por sus crueles perversiones y ese día se encontraba el Conde de Solages a petición de su familia por la inmoralidad de su vida, junto a 4 falsificadores y dos locos.

Las protestas de los estudiantes chilenos, bajo el lema de mejorar la calidad de la educación, se dirigen a cambiar el sistema económico y político de Chile. Sus consignas llaman a acabar con “el lucro” y a derribar el gobierno del centroderechista Sebastián Piñera.

“Prepárese para lo que viene”

La señora Miguelina B. tiene 89 años pero no los aparenta. Luce fuerte aunque las arrugas y su cabello blanco - que contrasta con una piel oscura tostada por el sol - evidencian el paso de los años. Gana su vida vendiendo masas fritas para los comerciantes de una zona popular del Gran Santiago. Sostiene a tres nietas, herencia de su hija, abandonada por su conviviente. Le ha tocado luchar duro por cada moneda que lleva día tras día a su hogar.

“Regresaba a mi casa”, cuenta, “cuando unos universitarios que venían gritando en el bus se pararon a mi lado. Les dije “¿por qué no se van a estudiar, mejor?”. Los gestos de la anciana se tensan y endurecen con el recuerdo. “Ellos se burlaron de mí, y me dijeron que mejor me quedara callada. Sentí miedo, porque no respetaban nada. Uno de ellos, me dijo bien amenazador: “mira vieja, mejor que vayas juntando tus cositas porque lo que nosotros queremos es que este gobierno de m... caiga, ¿ok?”. La mujer calla, respira y recuerda toda una vida de esfuerzos para sacar a su familia adelante, con dos nietas en la universidad y una en un colegio secundario.

Pero ella, protesta, no cuenta en las estadísticas de la prensa, como ninguno de los pequeños comerciantes que piden protección a los saqueos y actos vandálicos de las manifestaciones.

No poco antes, un violentista agredía a la fuerza policial gritando en el que se convertiría luego en un video viral: *“A este gobierno le quedan 2 años y luego ¡a Uds. les vamos a juzgar!”*

La misma aprensión se percibe en todos los sectores y condiciones de la población. Hay descontento, temor y un aburguesado temor a disentir públicamente con las protestas. Pero en privado, en confianza, repudian y lamentan la conducta “blanda” de un gobierno elegido por la mayoría ciudadana.

Los neo-marchistas chilenos

Los cabecillas nacieron e ingresaron al colegio bajo el primer gobierno de izquierda, hace 20 años. Tras el gobierno democristiano de Patricio Aylwin, comenzaron su educación primaria bajo el mandato del centroizquierdista Eduardo Frei. La corrupción de su administración llevó al poder al socialista Ricardo Lagos y continuaron su educación secundaria. La también socialista Michelle Bachelet les vio terminar sus estudios e ingresar a la universidad. Sólo conocieron gobiernos de izquierda e ignoran la historia anterior excepto la narrada por el sistema ideológico impuesto por las administraciones de la Concertación.

Para entonces la ciudadanía dio un vuelco electoral con la promesa de Piñera de acabar con la corrupción y el robo de los recursos públicos, y poner término a la inoperancia de las administraciones previas con sus promesas electorales incumplidas.

La izquierda juró recuperar el poder y no permitirle gobernar ni cumplir su programa de gobierno.

Camila Vallejos y su verdad

Nieta de militantes del terrorista Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), hija de comunistas y militante activa de las Juventudes Comunistas de Chile y tutelada por el dirigente comunista que preside el Colegio de Profesores, Camila Vallejos es un producto de marketing adolescente. Atractiva respecto al promedio nacional, de estilo simple, habla con la dureza e implacabilidad de un Lenin y la estrategia de la revolución permanente de Trotsky.

La líder del movimiento estudiantil no estudia. Nada pierde con la prolongación de la suspensión de clases. Es fría e inquebrantable como el acero, dispuesta a llevar a las últimas consecuencias y costos su rebelión, desprecia e ignora a las autoridades, negando cualquier principio de acuerdo no por impericia política sino por convicción ideológica.

Quienquiera que conozca un mínimo de historia del siglo XX ha visto funcionar antes su particular metodología y forma de acción. Los manuales de formación para dirigentes comunistas prescriben - ya desde principios del siglo pasado - las formas y discursos que deben seguir sus agitadores.

A modo de ejemplo y para constatar la poca originalidad de Vallejos y de cualquier agitador del mundo moderno, se pueden reconocer básicamente sus dogmas de manipulación:

- 1) Procurar “causas” sociales unidireccionales, es decir, que fuercen a la opinión pública a dar su apoyo, so pena de aparecer injustos y criminales si se oponen. Tales causas deben ser “reales”, de modo tal que el comunismo pueda apropiarse de la bandera y sumar en su favor a toda la opinión pública, que apoya la idea pero no necesariamente al socialismo. De este modo figurarán mucho más poderosos y populares de lo que en realidad y concretamente son.
- 2) “Negacionismo” como principio de negociación. Jamás se aceptará ninguna oferta del gobierno en tanto no sea en los términos y condiciones comunistas. El socialismo aspira a gobernar y dominar, por lo tanto, siempre debe imponer demandas. En tanto el gobierno no se someta a los dictámenes de los revolucionarios, deberá ser acusado de “obstaculizar” los acuerdos y será, por consiguiente, responsable de los desmanes y castigos (paros, revueltas, marchas, delincuencia, etc.) con que el “pueblo indignado” manifiesta su rechazo a la “poca colaboración” de la autoridad para “solucionar los problemas”.
- 3) La “revolución constante” es un principio de acción fundamentalista por el cual siempre deben mantenerse fuegos encendidos en la vida nacional. Si una “causa de lucha” comienza a debilitarse deben mantenerse otras a mano para volver a los desmanes y protestas hasta alcanzar el poder absoluto. Por cierto, ningún gobierno socialista ya en el poder permite protestas, disidencias, marchas o contradicciones. La metodología de las protestas es válida como medio para dominar una nación, y no una vez conseguido ese objetivo. Los que las apliquen después serán considerados algo así como burgueses saboteadores del gobierno del pueblo.
- 4) Las consecuencias desagradables “siempre” serán de otros: el gobierno, la policía, infiltrados, etc. El socialismo debe mantener su imagen idealizada y libre de acusaciones en su contra. Si fuese probada su autoría, siempre se ha de culpar a la autoridad por forzar esas medidas, que se justifican por un estado constante de lucha

contra las injusticias de los “malvados”, encarnadas en la autoridad que hay que derribar.

- 5) Las demandas deben ser absolutas y perentorias. No se puede permitir algún tipo de acuerdo y por lo tanto han de ser lo suficientemente ambiguas como para que sea posible negar siempre las medidas de la autoridad. Y al ser perentorias, se justifican las medidas extremas por ser urgentes. De este modo aparecen comprometidos con soluciones inmediatas a problemas que hacen - literalmente - arder la vida nacional. La ambigüedad permite, por lo demás, sumar otras fuerzas y movimientos que adhieren sin comprender bien las intenciones socialistas que les manipulan.

La doctrina de las etiquetas

Las protestas estudiantiles en Chile se inspiran según las propias declaraciones de su dirigente en Salvador Allende. El ex presidente que llevó a la ruina a su país, proponiendo hacer de Chile una nueva Cuba, que importó terroristas para controlar la nación, que sometió al país al hambre, censura y la represión violentista armada, quien se declaró hermano menor de la Unión Soviética, que ascendió al poder mintiendo y firmando garantías constitucionales de las que se burló por la ingenuidad de los centristas apenas un par de días después de poseer el poder: él es su modelo e ideal.

Sus declaraciones, hechas a Prensa Chile, no podrían ser más explícitas: *“Allende representa el sentir de lo que hoy estamos exigiendo”*.

Sin embargo, como fiel militante comunista, maneja la “doctrina de las etiquetas”. Tal principio, oculto a la población, dicta manipular a la opinión pública a través de términos imprecisos y aceptables que permiten doble interpretación: una conocida por todos y de consenso general, y una segunda que en la ideología marxista tiene otra significación, como un código común que justifica sus acciones.

Así, “democracia”, “libertad”, “pueblo” o “trabajadores” mantienen dos significados, uno social y otro marxista. De esta manera, “democracia” viene a ser un gobierno socialista, “libertad” es la exigencia de no represión a sus actividades subversivas, o “pueblo” y “trabajadores” son los activistas socialistas.

En las protestas estudiantiles “calidad de educación” no significa más horas de estudios, con profesores que eleven los niveles a estándares de los países desarrollados o un despertar el interés por el conocimiento, esfuerzo por superarse y crecimiento de la cultura nacional.

Prueba de esto es el fraudulento “Plebiscito por la educación”, acto artesanal e irregular donde el público se ve contrastado a preguntas absurdas por su lógica. Si a usted le preguntan “¿Está de acuerdo con que mejore la calidad de la educación?” o “¿Deben quedar los pobres fuera de la educación porque no pueden pagar sus estudios?”, evidentemente sus respuestas pasarán a engrosar una mentirosa aprobación al movimiento violentista, pues nadie se opondría a tan razonables postulados. Nadie estaría de acuerdo, como usted, en que se abuse de los intereses de los créditos. ¡Nadie - una vez más - negaría lo mejor para todos! Pero no implica que se apoye a la izquierda ni el fin último de las protestas. Hoy se manipula a través de medias verdades o mentiras completas.

Pero lo que se evade es analizar los progresos de las últimas décadas en resultados académicos, de incorporación de los sectores de menores recursos a la educación superior (aspiración de ascenso social que discrimina a los que no tienen títulos universitarios), de oportunidades de estudio en el sector privado, proporcionalmente muy superiores y más accesibles que las del sector público, o las formas de financiación de un sistema en el que ningún estudiante pagará porque pagará toda la población con aumentos de impuestos.

Las etiquetas impedirán la reacción de la población no alertada a la manipulación de que son víctimas por parte de los socialistas que anhelan regresar al poder que retuvieron 20 años ininterrumpidos.

Como suele ocurrir en los procesos de agitación subversiva, los tontos útiles y personas ignorantes de buen corazón, prestarán apoyo vital a las maniobras de control del poder. Y otras, no informadas, adherirán con entusiasmo a las protestas. Agitaciones que, por cierto, también presentarán dos caras: una violenta e incendiaria, de mano de los “duros”, y otra amable y sonriente, hecha de carnavales coloridos y gestos lúdicos y simbólicos con escenarios familiares para contar con asistencia masiva televisada y reproducida *ad nauseam* por la prensa nacional e internacional y a través de redes sociales.

Como en el viejo truco policial de policías buenos y malos, dos caras de las protestas llevarán a presionar a la población a negociar con los moderados, descartando tanto a los activistas “duros” como al gobierno que “no tiene voluntad de negociar”.

Vandalismo y represión

“El gobierno es débil”, se grita a coro en todos los sectores. Sin embargo, se condena al mismo tiempo la acción de prevención de saqueos, vandalismo y destrucción de la propiedad pública y privada, donde los grandes damnificados son los pequeños comerciantes y la ciudadanía promedio. Por supuesto, también lo son todos los ciudadanos afectados en su seguridad, derecho a la paz pública y daños en sus propiedades. O los bienes públicos arrasados al paso de las hordas violentistas.

Lo curioso y no dicho es que tales vándalos que marchan, toman colegios destrozándolos hasta lo inimaginable, robando o destruyendo de paso recursos para sus estudios (laboratorios, equipos tecnológicos, libros, etc.) y les convierten en centros resguardados de libertinaje, quienes fuerzan a huelgas con daños a la población general, ninguno de ellos haya sido condenado.

No es que no se hayan detenido a violentistas y se les haya puesto a disposición de la justicia, incluyendo a quienes agredieron salvajemente a la fuerza policial, incendiaron o destruyeron propiedades, incluyendo un centenar y medio de vehículos de la policía. Ellos fueron ingresados pero salieron tan rápido como organizaron previamente sus delitos. A la policía le resulta muy complejo aportar todas las pruebas requeridas para cada delincuente en medio de actos masivos de vandalismo y delincuencia.

La verdad de Chile es que hay más de 600 policías heridos, muchos de gravedad. El país ha visto, impotente, cómo un estudiante rompía su dura patineta de skate contra la cabeza y cuerpo de un policía. Y sólo dos delincuentes han sido detenidos: uno por lanzar una bomba contra un policía y el segundo por las graves lesiones ocasionadas contra otro efectivo, y que salió libre apenas una semana después. Pero la prensa curiosamente se concentró en la muerte de un joven en dudosas circunstancias.

Chile presume de ser “la Inglaterra de América”. Sin embargo, lo anglosajones pusieron casi un millar y medio de detenidos a disposición de la justicia en protestas mucho menores y menos extendidas en el tiempo que las chilenas. Los tribunales funcionaron con horas extraordinarias, llamando a jueces retirados a reforzar las funciones judiciales. Un centenar y medio de violentistas fueron condenados, casi un millar fue condenado a trabajos comunitarios, además de habilitar planes extraordinarios de rehabilitación. Allí gobierno, justicia y oposición se aunaron en la decisión de garantizar los derechos ciudadanos al bien común y la condena a la delincuencia.

La policía en Chile goza de prestigio por su seriedad y espíritu de servicio. Sin embargo, la tensión y malestar no sufre mucho maltrato más. Ellos y sus familias viven con temor cuando deben salir a las calles a recibir golpes y a detener a quienes saldrán libres sin remedio. O

temen ser procesados - ellos sí - y castigados por denuncias de delincuentes sobre malos tratos en medio de las jornadas de violencia y destrucción.

La otra cara de Chile, la que no se cuenta, la que no lleva el rostro y discurso robótico de la dirigente comunista, producto del marketing socialista, es la que está indignada con la impunidad para cometer delitos, con la complicidad de los jueces y de quienes crean opinión pública, como la prensa y dirigentes sociales ideologizados.

Se llega al absurdo de un país manipulado, idiotizado por el canto de tambores de protesta y de guerra, con una prensa que no muestra su independencia a las presiones manipuladoras de la izquierda, instituciones religiosas que justifican los desmanes y, para mayor tragedia, con un gobierno que se revela inepto para controlar la situación y con instituciones que operan a favor de los delincuentes respaldadas por sectores políticos que alientan el vandalismo con oscuras maniobras para alcanzar el poder. Y como si eso no fuese poco, quienes deberían hacer respetar el orden público y proteger a la población, se ven debilitados por las instituciones y justicia, ofreciendo su carne para ser maltratada por malhechores y su honra destruida por la prensa y actores sociales, dejando impotente y expuesta a la población honesta que en verdad desea estudiar, o bien trabajar y legar a sus hijos una vida mejor y de calidad.